

Milonga de las hormigas



"Los argentinos somos vivos porque somos mucho más piolas que los demás, por eso es que en todo el mundo admiran nuestra contundente superioridad...", cantaba un sarcástico Roberto Goyeneche. Quizás, exceptuando algún porteño trasnochado, supongo que la mayoría de los argentinos sonríe de buen modo con esta broma musical, pero hay quienes se lo han tomado a pie puntillas: las hormigas.

Más o menos simultáneamente, en los años veinte Carlos Gardel y las hormigas sudamericanas se hicieron a la mar, a conquistar el mundo al compás de "adiós, pampa mía". Un par de especies de hormigas de fuego (*Solenopsis richteri* y *S. invicta*) llegaron como polizontes al sur de Estados Unidos y literalmente hicieron suya la nueva tierra, al construir extensas galerías subterráneas al cabo de pocos meses.

Sin embargo, no toda su actividad ocurría encubierta: al extender su territorio, eliminaron a la mayoría de los insectos que tenían la osadía de morar en las tierras que querían para sí estas pioneras; cualquier parecido con la historia de la colonización del "Wild West" es mera coincidencia. De paso, las hormigas picotearon a los desventurados humanos y el ganado que anduviese por ahí. Y vaya que un encuentro cercano es una calamidad, pues quien ha tenido el dudoso placer de toparse con estos bichos compara el apretón de sus tenazas con un balazo... Al principio, uno sólo corría el riesgo de encontrárselas en el sur de Estados Unidos, pero hoy día han avanzado más o menos hasta la mitad del territorio estadounidense y son desagradablemente frecuentes en Tennessee. Se piensa que no avanzarán mucho más al norte porque el frío del invierno las mataría, pero nunca se sabe.

Otra navegante porteña llegó más lejos, la hormiga argentina (*Linepithema humile*). Esta bestiola ha viajado con los seres humanos e invadido todos los continentes exceptuando la Antártida. Su arribo nunca es buen presagio para las hormigas locales, pues las agresivas recién llegadas las exterminan al poco tiempo. Para ello, mandan patrullas de hormigas soldado que aniquilan cuanta desprevenida víctima se cruce en su camino.

Como en otros casos famosos, estas hormigas echan mano de comportamientos sociales para maximizar su avanzada. Las pequeñas forman el frente invasor y recorren el terreno palmo a palmo. Cuando localizan una hormiga "enemiga", entre varias la sujetan y esperan a que llegue una mayor que simplemente le corta la cabeza con sus poderosas tenazas. Desde luego, la cooperación de los individuos mejora sustancialmente las probabilidades de éxito para las colonias; no obstante, un hallazgo reciente ha dejado boquiabiertos a los biólogos y sobrepasado por mucho los estimados de las ventajas de la sociabilidad: se descubrió una supercolonia de hormigas argentinas que cubre un territorio de seis mil kilómetros de costa. En efecto, esta colección de millones de nidos y literalmente billones de individuos abarca desde el extremo noroeste de Italia en el Mediterráneo, hasta Galicia en el límite norte de España, frente al Atlántico.

Sin duda, la presencia de hormigas argentinas en ambos extremos de esta gran extensión europea no implicaba que fueran los márgenes del equivalente terrestre a un gran arrecife coralino; se podría considerar como una prueba más de su eficacia colonizadora. Así, se notó que si se mezclaban hormigas españolas e italianas, no sólo no se mataban sino que incluso cooperaban. Lo insólito es que en Sudamérica se entablan combates a muerte entre hormigas, cuyos nidos sólo distan un par de metros entre sí.

El caso europeo es adicionalmente más intrigante, pues es poco probable que las amistosas hormigas estén emparentadas y ello redunde en un beneficio genético la cooperación. Se piensa que la suspensión de hostilidades obedece a que, en ausencia de depredadores y parásitos, las colonias de hormigas crecen de manera fabulosa y alcanzan densidades muy altas. En este escenario de forzada e íntima vecindad, es mejor estrategia la colaboración que el conflicto. Y esta supercolonia, la mayor unidad cooperativa descubierta a la fecha, parece ser prueba contundente de que la unión hace la fuerza.

Un poco a La Fontaine, diré que los humanos podríamos aprender algo de las hormigas. Por lo pronto, si se suspendiesen los conflictos internos, se podrían lograr en el terruño los mismos éxitos colectivos que en el extranjero. Sin duda sería un gran paso, pero concluyo citando los límites (fórmicos, mas no formales) de la cooperación. Ni siquiera las hormigas argentinas han logrado la total unificación europea: se encontró que las hormigas catalanas se liaban a muerte con todas sus vecinas.

Miguel Rubio Godoy